

das, sus símbolos antiguamente respetados. En la estación de Deauville fundada por él, el duque de Morny, el hermano del emperador reclama la honra de ser el padrino del hijo del judío de Colonia que ha puesto en ridículo todo lo que constituye una nación. Veinte años después, todas aquellas devotas de Santa Clotilde que velan porque sus criados observen las Cuatro Témperas, cierran su devocionario, y, medio cerrados los ojos, escuchan al judío ladrón que zangarrea algo en el violín para celebrar á Nuestro Señor Jesucristo.....



LIBRO NOVENO.

En bosque.

Impresión general.—El *leit motive* del drama social.—Las imperfecciones de este libro.—La influencia amortiguante del campo.—Dónde se ve á Bob tal cual es con sus cualidades y sus defectos.—Los judíos en el Bosque.—El discurso que hizo el autor.—La primera salida de Bob.—El odio de Daudet á la raza caballar.—El verdadero carácter del caballo.—A orillas del Sena.—Grandeza y decadencia de las Sirenas.—Gustos clásicos del caballo en literatura.—En el bosque de Senart.—El alambre de Cahen de Amberes.—Todo es de los judíos.—Los árboles del Patrimonio Real y los diamantes de la Corona.—*Super flumina Babylonis*.—El collar de 67 perlas.—Los árboles azules de Watteau.—Un buenos días á los amigos muertos.—Alberto Duruy y Raoul Duval.—Los que se fueron son felices.—El lirio marchito.

Si he logrado hacerme comprensible á mis lectores, creo, que, al fin de este libro, observan la situación bajo igual ángulo visual que yo.

En todas épocas existieron los malos sentimientos, pero antes los buenos sentimientos, que se afirmaban al lado de los malos, eran sinceros y enérgicos, iban hasta la acción. El Bien tenía su lógica como el Mal; el Amor era tan apasionado como el Odio. En cualquier campo que estuvieran los hombres de partidos opuestos luchaban formalmente, miraban como un deber hacer cuanto podían humanamente para matar á los que les atacaban, que atentaban contra sus derechos, que conspiraban contra la Pátria.

La Mentira, la diversidad, entre la Realidad y la Apariencia, entre lo que las personas dicen, aparentan creer, querer, esperar y el estado verdadero de su corazón y de su in-

teligencia, una ficción general—tal es, al contrario la característica de la época presente,—tal es, el *leit motive* de la estrepitosa comedia que se representa delante de nosotros.

Es una ganga de filósofo atento y de psicólogo profundo ese *leit motive* wagneriano que, en medio de las complejidades del drama recuerda el tipo de cada personaje, y, al propio tiempo, evoca una idea que ha cruzado ya las almas, una impresión medio borrada ya. El *leit motive* se presenta así, como se nos aparecen á cada instante las reminiscencias, muy lejanas ya, que, de repente, reconstituyen la integralidad de nuestro *yo*, ligan el ser que éramos en el primer acto de la vida al ser que se agita hoy, arrastrado por acontecimientos múltiples y arrojado á peripecias imprevistas.

La *insinceridad* de cuanto vemos y oímos es el *leit motive* de este libro, dirigido menos á la multitud que al reducido número de franceses escogidos, almas ansiosas, inteligencias ya despiertas, que quisieran recobrar más completamente, discernir claramente lo que sucede.

Este libro es también un *Ensayo*, como la *France juive*, porque no ha llegado aun la hora de la historia definitiva. Si este *Ensayo* es también imperfecto mía es la culpa á no dudarlo, de mi pereza, y también de los campos que ejercen en el escritor una influencia amortiguante, que adormece. También tiene su parte de culpa Bob que me ha hecho perder mucho tiempo.....

Quiero mucho á Bob y me complazco presentándolo á los que me aman.

El sentimiento de la disciplina, de la gerarquía, de un orden social donde cada cual estaría en su lugar me ha inducido á aficionarme á Bob.

Jamás he visto cosa que más me indigna que el espectá-

culo de desgraciados obreros franceses, cubiertos de una blusa lustrosa y remendada, con los piés que les salen del calzado roto, el rostro arrugado por el hambre y viendo pasar por el camino del Bosque los Ganapanes de allende el Rhin á caballo que van á dar un paseo á caballo para cobrar apetito antes del almuerzo.

Vense allí caras inverosímiles, como el dibujante de *Jeiteles teutonicus* y los caricaturistas alemanes se divierten dibujándolas; cabezas deformes y descoloridas con sus ojos legañosos y su cara abyecta, personajes estrambóticos con largas narices,—asombrados á más no poder al verse allí caballeros en bestias de raza, saludando á otros narigudos y, con una mímica rápida, en ademán de decir, en presencia de todos aquellos narizones procedentes de todos los puntos del mundo: «Decididamente todos estamos aquí»

En el horizonte parece entreverse, como en el dibujo de Regamey, el Genio del Semitismo acurrucado, con su luenga barba y su ademán triunfante y lúgubre, en el arco de la Estrella y mirando el desfile de París murmurando: «Todo esto es mío.»

Veo también, como se entra en el paseo, al primer sol de abril, las dos hijas de un rentista llegado sin un céntimo á París y que nos ha robado 60 millones. Regresaban al galope corto, con el hermoso carmin que imprime á las mejillas el paseo de la mañana, cuando, de repente, se desvía bruscamente el caballo de una de las dos... En presencia de las jóvenes amazonas se levantaba una desgraciada mujer cubierta de una falda casera agujereada y un mal corpiño, no vieja, y que hubiera sido hermosa, si aquella fisonomía angustiada no hubiese presentado huellas de todos los padecimientos; traía consigo cinco hijos en pingajos y miraba vagamente, esperando para pasar.....

De la boca graciosa de las dos sportswomen salieron algu-

nas palabras violentas en hebreo-germano que no serian nombres floridos; despues, una de las ginetas midiendo el grupo miserable que rodeaba á la maternidad dolorosa, dijo, entonces en francés, á su compañera: «¡Ah! crees tú, mi querida en aquella lechigada?»

Y yo pensaba: «Si los obreros no fueran cobardes, si el materialismo que se enseña en las escuelas no matara anticipadamente en ellos todo heroismo, todo deseo de sacrificar su vida, volveríamos á los tiempos en que eran los más valientes, los más honrados. Nosotros, nosotros los que habitamos de mil años acá en tierra de Francia, nosotros cuyos padres hicieron la Francia debiéramos estar á caballo y no esos escapados del ghetto, buenos todo lo más, en una sociedad bien organizada, para abrocharnos las espuelas, mientras que con nuestro látigo talarearíamos una tonadilla de marcha sobre su espalda, respetuosamente inclinada delante de nosotros.....»

No pudiendo reconstituir la sociedad sobre sus verdaderas bases, quise hacer lo que me era posible hacer, y me hice este discurso: «Quizás no tienes muy larga vida; no se diga, á lo menos, que hayas pasado la vida á pié mientras todos los sucios usureros de Francfort, de Hamburgo y de Odessa han tenido caballos entre piernas.»

Aficionéme así á Bob, diciéndome que siempre era algo conquistado del botín hecho á nuestras espensas por el invasor extranjero.....

«Siete años há, comenzó la sabiduria para los caballos como para los hombres, es muy dulce comienzo pero algo alegre,» habiánme explicado. La primera vez que salí con él, ese buen Bob quedó probablemente ofuscado por la vista de alguno que le disgustaria en un tramvia; púsose á saltar como un cabrito y quiso encabritarse en el paseo de Alma. Díjeme: «Decididamente, no me han engañado, es algo alegre.

Afortunadamente, yo habia seguido los consejos de un antiguo ginete, de un honrado caballero cuyo retrato haré algun dia: habíame resumido la experiencia de toda su vida en estos términos: «Jamás hay peligro con un caballo que no tenga vicio, solo debéis dejarle hacer, apretar vuestras rodillas como si tuvierais la silla con un torno y sentaros vigorosamente en vuestras nalgas.» Apreté mis rodillas, sentéme vigorosamente en mis nalgas, y Bob recobró su marcha. Continuó siendo el mismo; caprichoso, algo extravagante, pero sin malicia.....

El caballo, por sí mismo, es un animal curioso. Daudet lo abomina, lo cubre de injurias, lo trata de bestia del Apocalipsis y de criatura imbecil; pretende que su idea fija es derribar al suelo á su ginete. Añado que tiene contra Bob un resentimiento personal, porque el pobre bruto, el dia en que yo lo presenté en Champrosay, para hacer admirar su dulzura, se puso á cocear como un desesperado al ver el monóculo de Daudet, y querer destruir los naranjos del patio danzando entre las cajas. Lo más que pude hacer fué salir precipitadamente, sintiendo haber presentado á la sociedad un caballo tan impresionable.

Daudet, sin embargo, se equivoca tanto más en sostener estas paradojas endiabladas contra la raza caballar, en cuanto la única debilidad del caballo es ser un nervioso como todos nosotros; tiene súbitas inquietudes que le azoran, concepciones erráticas que le agitan violentamente.

No puede imaginarse paseo más embelesador que seguir las orillas del Sena de Ris Orangis á Corbeil, á la hora cantada por el poeta.

A l'heure mélodieuse, odorante et vermeille.

Para un animal que raciocinara, hasta segun su instinto

seria recelosa aquella senda. El ferro-carril está á la derecha el Sena á la izquierda; el tren pasa con ruido infernal en aquella hondonada de eco retumbante y de vez en cuando el ronco silbar de la sirena de los túneles desgarrá el aire...

¿Recordais—entre paréntesis—el encuentro de Virgilio y de las Sirenas en el Infierno del Dante? Aquellas peligrosas hechiceras de las primitivas edades del mundo que, sueltos al viento, los cabellos, sacaban á la superficie de las aguas sus hermosos cuerpos provocadores, se han trocado en viejas horribles de dientes rotos, de aliento fétido....

Hé aquí que á su vez, el canto melodioso que turbaba á los viajeros se ha convertido en el ruido raro, en el gemido estridente y siniestro, crujiente y prolongado que en las noches tranquilas, produce un efecto tan singular.

A un caballo podría dispensársele que se espantara ante todas estas manifestaciones diversas. Nada de esto. Bob está contento; como á mí, le gusta aquella maravillosa vision radiante que se descubre, en ciertos días de verano muy claros, en lontananza, de la parte de Corbeil. Mientras que un cortinaje de álamos suelta un poco el horizonte á la izquierda, se entrevé delante agua que brilla, islas verdes, árboles que parecen estar en la orilla, casas blancas apenas indicadas y que aparentan estar en los árboles—todo esto con líneas muy indecisas—flotando en la luz dorada.

Hé aquí ahora á Bob en un gran camino tranquilo, sin ningún ruido; ve en el suelo una rama de árbol, una hoja, un rayo blanco que forma arabesco en una superficie negra; es evidente que experimenta una conmoción que no puede dominar, levanta las orejas, se encabrita ó se escapa corriendo y véome obligado para detenerle á gritarle: «¡Bob! te suplico que seas razonable: todavía me faltan por hacer dos capítulos.»

Es innegable que esos brutos tienen particular compren-

sion de las cosas. Bob tiene el sentimiento de las situaciones, como se dice en el mundo. Ponedlo en medio de un rebaño de carneros, en un sendero estrecho donde corran vacas azoradas arrastrando su cuerda arrancada de manos del niño que las guarda y que grita detrás de ellas, en un obstáculo de carros entrelazados, y no se moverá; solo debo apretarle un poco entre las dos piernas y sabe lo que esto significa: «Seamos formales; no es hora de hacer tontadas.» Costeará un declive sin desviarse un centímetro que pudiera precipitarle á la hondonada, comprende la más leve indicacion que se transmite por un imperceptible movimiento del freno con la delicadeza de un sér amante que adivina, hasta en la oscuridad, un movimiento de vuestro brazo, el sentimiento que acabais de experimentar.

Las solas explicaciones difíciles han ocurrido siempre en sitios aislados, á la vista, por ejemplo, de cierto poste blanco que ocupa el centro de una enrucijada y que refleja la luz del sol. Aunque no soy amigo de castigar á las bestias, di espolazos y latigazos. El animal resistía, escarbaba, se encabritaba; sin duda acababa por pasar, pero realmente habia padecido... Mientras no tiene ni un pelo mojado después de un paseo de tres horas, estaba entonces totalmente sudado.

He reflexionado y supuesto que los animales tienen ciertos medios de conocimiento que no tenemos nosotros y que la antipatia para aquel poste podia tener una razon. El bosque de Senart fué antiguamente tan mal frecuentado como el bosque de Boudy y allí pudo ser asesinado un hombre y enterrado sin preces...

Recuerdo tambien haber visto, á orillas de un camino del Forez unas antiguas ruinas que se decia ser frecuentadas, abiertas á los cuatro vientos, agrietadas las paredes, agujereado el techo que nadie habia querido comprar después de

cincuenta años de anunciarse su venta. Los caballos relinchaban al pasar delante de ellas, se resistían á continuar ó se encojían bruscamente.

Cierto día, llegó á la ciudad un regimiento, los campesinos contaron la leyenda; algunos soldados se echaron á reír y propusieron pasar la noche en las ruinas; trajéronles paja y se acostaron alegremente. A media noche se precipitaban fuera, espantados, rechinándoles los dientes, y se acostaron en el camino para dormir allí tranquilos...

Sea como quiera, he cambiado de sistema con Bob. Luego que advierto algún objeto que pueda preocuparle, le canto una poétita canción de antaño, como el cántico que entonaban en las Romerías los marinos de Arzon con esta tierna melópea bretona, noble y tranquila:

Nous étions deux cents gars d'Arzon
Marins durs à la peine;
Sur un vaisseau de vingt canons
Avec monsieur Duquesnes.

Les Arzonnais ne tremblent pas,
Sainte Anne est leur patronne!

Cuando Bob tiene bastantes canciones, le recito versos y ya no sefija en lo que ántes le turbaba.

El caballo es clásico, es imposible disimularlo, sea que esté lisonjeado de haber sido tan á menudo llamado «corcel» por los poetas de otros tiempos, sea que el ritmo regular de los versos de la antigua escuela, le mezca agradablemente; no va más allá que las *Orientales* y las *Odas* y *Baladas*, que, son, además, harto despreciadas ahora y que contienen composiciones muy superiores á todo el desórden de *Ane* y de la *Pitié supreme*. Bob demuestra su satisfaccion cuando le recito el *Douleur du pacha*, cuyos versos tan colorados son no obstante decadenicia tan igual:

Qu'a donc le doux sultan ? murmuraient les sultanes.

A-t-il, avec son fils, surpris, sous les platanes,

La brune favorite aux lèvres de corail ?

A-t-on souillé son bain d'une essence grossière ?

Dans le sac du fellah vidé sur la poussière,

Manque-t-il quelque tête attendue au sérail ?

Se remueve ya algo cuando le declaro mi soneto de José María de Heredia (el que no es diputado y por consiguiente no ha fundado ninguna sociedad rentista). El último soneto no obstante está vigorosamente cincelado:

Le choc avait été très rude ; les tribuns
Et les centurion, ralliant leurs cohortes,
Humaient dans l'air du soir, qu'emplissaient leurs voix fortes,
La chaleur du carnage et ses âpres parfums.

Estos versos de más áspera sonoridad, no le gustan sino á medias á Bob, y no vuelve sus orejas á su sitio sino al recitarle el *Vallon* de Lamartine. Briseux le gusta mucho tambien.

No importa. He pasado felices momentos en soñar, pensar, recitar versos, galopar sobre Bob, en el maravilloso bosque de Senart.

Nada más extraño que este bosque cuando entré en él la vez primera.

De pronto, quedaba sorprendida la mirada por la vista de una increíble cantidad de alambres. El bosque estaba como envuelto en una inmensa red de mallas más apretadas que la que Vuclano arrojó sobre Venus y Marte.

—¿A qué vienen todos estos alambres? pregunté á un guarda. ¿Para que sirven?

Son de M. Cahen d' Anvers, me dijo el guarda.

Confieso que encontrando también un Semita poseedor soberano de aquel bosque, no pude contener una carcajada que hizo volar, con vuelo tardo y pesado, cinco ó seis grandes faisanes.

—Vuestro amo ha debido tomarnos mucho dinero para poder comprar tanto alambre como hay aquí, dije al guarda continuando mi camino.

Por otra parte, aquellos alambres no carecen de elocuencia en su simbolismo. La obra judía, la red que poco á poco, se extiende sobre todo y que, en un momento dado, impide que pasen los hombres como las ideas. El judío es el mismo en todas partes; su primera idea es confiscar el dominio.

Los rótulos son lo que más abunda en el bosque después de los alambres. En cada encrucijada, en la encrucijada Charmant como en la de la Grange hay cartelones que la lluvia de invierno ha ennegrecido, balanceándose en el aire para prohibir algo: *Se prohíbe sentarse; hay trampas para lobos, se prohíbe entrar en los sotos*. Los mismos perros están debidamente avisados de que no circulen. Hubiérase podido creer que el judío á quien antes se ahorcaba entre dos perros, había conservado un recuerdo tierno de su compañero de infortunio. Nada de esto. Hirsch hacía matar por sus guardas los perros de los oficiales de artillería de Versailles. Cahen prohíbe á los perros de Champrosay y de Soisy-sous-Etiolles que se paseen en el reino que él se ha adjudicado.

Debo decir que de un año acá, si hay siempre otros tantos cartelones hay muchos menos alambres, y no insistiré demasiado cerca del guarda general encargado de la inspección del bosque para que vigile con cuidado que no se usurpe lo del dominio público.

Estas usurpaciones son absolutamente ilegales como lo

son las que se han hecho en Mendon y en los bosques de Rocquencourt (1).

El bosque pertenece á todos y M. Cahen, concesionario del derecho de caza, no tiene, de ningún modo, el derecho de suprimir, para su uso particular, un camino montaraz clasificado, el camino, por ejemplo, que va del Chene-d'Autin á Champrosay. El poste donde se lee esta indicación está preso ahora entre los famosos alambres, pero no por esto consigna menos que había allí un camino público del que se ha permitido hacer otro privado, y sin razón, el señor Cahen.

A pesar de todo, del lado de Mainville donde está el castillo de la Bergeries, parecido á un palacio de Suiza, este bosque, convertido en feudo semítico, no carece de origina-

(1) Mientras corrijo las últimas pruebas de este libro, la Liga de los Bosques de París, organizada por Yvo Guyot, acaba de obtener un brillante triunfo. Mediante un cánón anual ridículamente mínimo, 7,900 francos, Bamberger había confiscado, en provecho suyo, todos los bosques de Clamart, Mendon, Sèvres, Chaville, y de Velizy. Por iniciativa de Ivo Guyot y de Leon Angevin, concejal de Mendon, han ido los parisienses á manifestar y el ministro Viette se ha apresurado á rescindir el arrendamiento con Bamberger.

Poco ha costado. Lo mismo sucederá con todos los privilegios feudales que los rentistas judíos han usurpado. Se han recobrado los bosques de Mendon; otro día se recobrarán los bosques invadidos por Hirsch, y no desconfío de ver, una mañana, á Guyot yendo á librar el bosque de Senart. Hay un tren de 9 horas 44, estación de Lyon, que es muy cómodo para los excursionistas. Llegase á Ris á las 10, 37 y á las 41, se puede comer una tortilla con manteca debajo de los emparrados de la Ermita. Confío que otra vez llegarán los parisienses hasta Ferrières.

Merced á esta iniciativa inteligente, puede estar seguro Ivo Guyot de ser reelegido diputado de París, y, á fe mía, me importa tanto que lo sea él como otro cualquiera. Sin embargo, es triste consignar que jamás se ponen los conservadores al frente de esas campañas de independencia y de buen sentido. Toda usurpación es sagrada para ellos desde que el usurpador es rico. Francamente, después que la *France juive* había denunciado las brutalidades cometidas por Hirsch en oficinas francesas en bosques pertenecientes al Estado, uno de nuestros 175 diputados de la derecha hubiera perfectamente podido llevar esta cuestión á la tribuna, y los parisienses se lo hubieran agradecido.....

lidad, pues está distribuido como un bosque de teatro: el telégrafo y el teléfono funcionan en él y cuando, en el silencio de los bosques, un faisán ha acariciado á su pareja, Cahen está inmediatamente informado de ello en la Bolsa ó en su casa.....

Todo es suyo. Nuestros hermosos árboles nacidos en suelo francés son suyos y muy pronto nos prohibirán descansar á su sombra; suyos son los diamantes de la Corona de Francia puestos en subasta á propuesta de Lockroy, vendidos por judíos, Vanderheyem y Bloche, comprados por judíos...

Han tomado hasta Babilonia. La Babilonia del *Super flumina Babylonis* es suya.

El terreno, nos dicen los *Archivos israelitas* del 5 de julio 1888, el terreno donde se levantaba la comarca que fué el teatro del maravilloso desarrollo de la dinastía babilónica y que ahora se llama Hilleh, todo ese país en fin es hoy la propiedad de dos israelitas: Menachem Suleiman Daniel (effendi) y Menachem Salah Daniel, dos primos que se han dado el lujo de adquirir ese gran lote de terreno.

¡Qué horizonte de pensamientos nos abren esas sencillas líneas! Con la imaginación vemos los cautivos que nos muestran los bajo relieves de Assur-nazir-habal-en-Nimroud á los de Assur-bani-pal en Kogoundjik. Los hebreos están representados allí trayendo de rodillas la cesta de las ofrendas, ó expuestos en los caminos, como vil ganado, por los Argyraspides que preceden al monarca.

Assur-nazir-habal y Assur-bani-pal, los conquistadores terribles, duermen en el polvo, y sobre las ruinas de aquellas civilizaciones derrumbadas, está en pié el judío. Los Daniel Menachem han reemplazado Assur-bani-pal en los jardines de Babilonia como Hirsch ha reemplazado al Roi-Soleil en las cacerías de Versalles.....

De seguro que es una raza funesta, pero que interesa mucho estudiarla.....

Mientras Cahen caza en los bosques que vieron las elegantes cabalgatas del siglo XVIII, la señora Cahen ostenta con el mal gusto de los advenedizos, las joyas que pertenecieron á las reinas y á las princesas de otros tiempos.

Brillante fué la entrada que hizo la condesa Cahen, un domingo de mayo, en la recepción de la princesa Matilde. Cargada de joyas de costumbre, no tenía la judía aquel día más que un collar: el collar de 67 perlas adquirido por ella el día ántes; para ultrajar mejor á la que la recibía, la condesa había escogido un adorno imperial, el collar comprado por Napoleon en 1810.

El hecho causó cierto escándalo en el grupo inteligente que ha permanecido fiel á la que fué protectora de los artistas en los días prósperos. La pobre princesa apenas sintió el ultraje; había recordado que era de la familia de César para demostrar su descontento á un antiguo amigo de la casa como Taine, quien había usado de su libertad de escritor para juzgar á Napoleon I; no protestó contra la grosera insolencia de una banquera más rica que ella.

Además, el salón de la calle de Berry, recuerdo de las pequeñas cortes italianas de antiguos tiempos, se ha convertido en un ghetto en miniatura. Comenzó primero por dejar entrar en él á un Camondo y un Strauss, todos los compadres han seguido, y, según dicen los íntimos, no subsiste ya más que una sombra de aquel salón que fué antaño un centro de talento y arte.

¿Qué hacerle? Los judíos tienen la prensa y se teme la denuncia de cada día, la campaña de delación y de calumnia: «Recibid, ó se os ataca: si se os ataca, se os expulsa.»

¡Es tan fácil! «¿Es verdad que se celebran misteriosos

conciliábulo en la calle de Berry? ¿qué los bonapartistas militantes se dan cita allí? Sabemos que el gobierno está enterado de esas intrigas. ¿Por qué las tolera?» No necesita más un Freycinet cualquiera para expulsar á quien se le antoje.

La princesa ama París, la Francia, sus amigos, y, para evitar este destierro que teme espantosamente, recibiría á las doce tribus si cupieran en su salon... (1).

Lo restante del bosque ha quedado propicio para los largos ensueños, las buenas oraciones, las meditaciones graves que nacen espontáneamente en aquellos paseos profundos donde uno se interna poco á poco, en la soledad que nada turba, en el silencio que nada interrumpe. Ciertos días, despues de la lluvia, tienen los árboles el color azulado de los de Watteau y se comprende cuan exacto fué aquel pin-

(1) Nada más instructivo, en este concepto, que lo sucedido en Bruselas á principios de este año.

Algunas grandes familias han conservado en Bélgica el respeto de sí mismas. A fines de enero pasado la duquesa de Arenberg, mujer de vasto talento, muy educada, ajena á todo sentimiento mezquino, habia dado un gran baile en Bruselas, é invitado, al mismo tiempo que á los representantes de las más ilustres familias, artistas, sabios, escritores dados á conocer por alguna obra; pero se negó obstinadamente á recibir á los agiotistas, los parásitos que viven á costa del trabajo ajeno y especialmente los de Lambert-Rotschild y los Baüer que han encontrado medio de introducirse ya en todas partes. El Lambert que habia intentado los más humillantes pasos para ser recibido, se puso naturalmente furioso; pero esta leccion dada á la Judería enredadora produjo profunda sensacion en Bruselas y la duquesa fué felicitada por todos. El verdadero pueblo que en Bélgica sufre casi tan cruelmente como el de París por las exacciones de Israel, se tuvo por feliz al ver que la casa de Arenberg sabia guardar su dignidad.

¿Qué hicieron los judíos? Pagaron á emisarios de logias masónicas, á estudiantes tronados y sin escrúpulos á quienes basta abreviar con cerveza para ponerlos en movimiento, concurrentes á sitios inmorales, y, en el momento de celebrarse el matrimonio de la señorita de Arenberg, organizaron una manifestacion vergonzosa contra la cual protestaron en vano las personas honradas.

tor sincero de los espectáculos de su época, que nos representan como un fantasista, un historiógrafo de un mundo artificial.

Es un vapor azul que fluctua en verano al extremo de los largos paseos y de los árboles, envueltos en aquella bruma, y son verdaderamente azules.

La nota sombría no llega hasta más tarde, pero muy tarde en otoño, cuando los árboles han tomado el color de oro bruñido de las hojas que el viento de invierno barrerá muy pronto. Hasta el fin queda jóven el bosque, meditabundo sin ser triste, como ciertos seres que, viviendo lejos de las agitaciones de la multitud, se conservaron vigorosos, potentes y tranquilos.

Nada tan dulce como evocar, debajo de aquellas bóvedas verdes, que tienen solemnidad de catedrales, los años transcurridos, los amigos muertos. Allí hablo con mi pobre Alberto Duruy, con mi querido Raoul Duval y me acuerdo de su alegría cuando vieron que la *France juive* se arraigaba, era leida, encontraba un público entusiasta. Estaba convenido de que se daría con un pretexto, un expediente, un motivo cualquiera para secuestrar la obra, y, á todo evento, habia puesto 25 ejemplares en casa de Duval, para que los protegiera con su banda de representante.

Ahora, estos muertos medio olvidados por los hombres, me dicen: «Hablad un poco de nosotros, recordad nuestra memoria á los buenos franceses que os leen, que lo Porvenir vea, al lado de todos los traidores y de todos los granujas á quienes desenmascarais, figuras de hombres excelentes que amaron apasionadamente la Francia.»

Eran, en efecto, excelentes personas. ¿Qué vida fué más sencillamente bella que la de Alberto Duruy que siempre se sacrificó á las causas vencidas? ¡Qué original figura la de aquel D. Quijote, con talante de hombre del mundo,